

5. Jorge Hernández Martínez *

El factor ideológico y la formulación de la política exterior norteamericana en el siglo XXI

ABSTRACT

El artículo analiza los factores internos que influyen en el proceso de formulación de la política exterior de los Estados Unidos, y presta especial atención a los de connotación ideológica, vinculados a cuerpos doctrinales, fundamentos teóricos, principios, intereses, valores, percepciones, así como a la cultura política en sentido amplio, incluyendo la identidad, el carácter nacional, la idiosincrasia estadounidense. Estos factores son minimizados en ocasiones al considerarse que, dada su impronta subjetiva, no tienen el peso de los

* Profesor Titular del CEHSEU y Presidente de la Cátedra “Nuestra América y Estados Unidos” en la Universidad de La Habana, Cuba. jhernand@cehseu.uh.cu. Las ideas expuestas en este trabajo surgen de las contribuciones del autor a dos proyectos de investigación que se llevan a cabo en el Centro de Estudios Hemisféricos y sobre Estados Unidos (CEHSEU). Una, más particular, vinculada al papel del factor ideológico en la conformación de la política exterior de los Estados Unidos entre 2000 y 2020, que procura precisar su continuidad y cambios. La otra, más general, referida a las transformaciones en la cultura política norteamericana, en el contexto del sistema político en ese país.

factores objetivos, como los económicos, militares o institucionales. El propósito es examinar su papel en el presente siglo, con la intención de discernir entre continuidades y cambios, concentrándose en el período comprendido entre los gobiernos de George W. Bush, Barack Obama y Donald Trump.

Palabras Claves

Ideología, cultura política, Estados Unidos, formulación de la política exterior

T*The article analyzes the internal factors that influence the formulation process of the foreign policy of the United States, and pays special attention to those of ideological connotation, linked to doctrinal bodies, theoretical foundations, principles, interests, values, perceptions, as well as to political culture in a broad sense, including identity, national character, American idiosyncrasy. These factors are sometimes minimized when considering that, given their subjective imprint, they do not have the weight of objective factors, such as economic, military or institutional factors. The purpose is to examine its role in this century, with the intention of discerning continuities and changes, focusing on the period between the governments of George W. Bush, Barack Obama and Donald Trump.*

Key Words:

Ideology, political culture, United States, formulation process of the foreign policy

Introducción

Uno de los procesos de mayor relevancia y complejidad en la política de los Estados Unidos es el de la formulación de la política exterior de ese país, en el cual se entrelazan dos ámbitos diferenciados: el interno y el de la proyección internacional. Se trata de una secuencia interactiva de acciones o pasos en la que confluyen múltiples factores y condiciones, que no se reduce al conjunto de canales institucionales por los que al interior del sistema de gobierno, e incluso, fuera de él, en el territorio de la sociedad civil, transitan la definición del enfoque que sostiene a dicha política, sí como las decisiones práctico-operativas que comprenden la determinación de sus direcciones temáticas y regionales, sus contenidos y prioridades, así como los instrumentos que permiten su ejecución. Ese proceso tampoco consiste en un circuito que, cual red eléctrica o electrónica, con cordones regulares de transmisión, o como parte de un esquema obligatorio de pasos precisos u ordenados configura una trayectoria lineal, trasladando o distribuyendo decisiones concernientes al terreno internacional. Entre ellas, por ejemplo, las referidas a la defensa de la soberanía, la seguridad e identidad de la nación, la integridad territorial, la autodeterminación, que se materializan en decisiones concretas como la de establecer o quebrar un acuerdo interestatal, proceder

a una intervención militar en el extranjero, a una declaración de guerra o al rompimiento de relaciones diplomáticas o comerciales con otro país.

Sin desconocer el papel de los factores externos en la formulación de la política exterior norteamericana relacionados con el clima mundial prevaleciente, los cambios en la correlación global de fuerzas, los conflictos, crisis y reacomodos geopolíticos o geoeconómicos de alcance estratégico (muy sujetos a acontecimientos y dinámicas coyunturales, a menudo no previstos), se impone prestar mayor atención a aquellos que actúan en el plano interno, descuidados en no pocos análisis, y entre ellos, a los de connotación ideológica, vinculados a cuerpos doctrinales, fundamentos teóricos, principios, intereses, valores, percepciones, así como a la cultura política en sentido amplio, incluyendo la identidad, el carácter nacional, la idiosincrasia estadounidense. Estos factores son minimizados en ocasiones al considerarse que, dada su impronta subjetiva, no tienen el peso de los factores objetivos, como los económicos, militares o institucionales.

Justamente, este trabajo pretende destacar la relevancia de esos factores --que integran el núcleo de la cultura política-- en la conformación de la política exterior norteamericana en el presente siglo, con la intención de discernir entre continuidades y cambios. Se trata de una relación de primera importancia. Según afirma un criterio autorizado, “con raíces profundamente implantadas en la historia nacional, los elementos de la cultura política permanecen como fuerzas poderosas que

explican lo que hacen los Estados Unidos en política exterior.”¹

La exposición se estructura en tres partes. En primer lugar, se exponen unas abreviadas precisiones sobre las perspectivas teóricas que sobresalen en la literatura especializada, con las que dialoga el autor y de las que se nutren sus interpretaciones, con una mirada ecléctica. En segundo término, se pasa una ágil revista a aquellos antecedentes que se consideran fundamentales para ilustrar el entrelazamiento entre la ideología y la definición de la política exterior en determinados contextos históricos. En una tercera parte se presenta una sucinta aproximación analítica panorámica que muestra el rol decisivo que en el período que es objeto de estudio (el abarcado entre los años 2000 y 2020, o, dicho de otro modo, durante los dos primeros decenios del siglo XXI), ha jugado y juega en esa política el enfoque ideológico impuesto desde la estructura de poder. O sea, en consonancia con la visión del mundo de la clase dominante, o más específicamente, los sectores de la oligarquía financiera y las élites políticas como núcleos de la burguesía monopolista transnacional que han respaldado a los dobles gobiernos de George W. Bush y de Barack Obama, así como al de Donald Trump, apreciándose que, por encima de las distinciones partidistas entre republicanos y demócratas, ha existido más continuidad que cambios. El análisis descansa en las

siguientes premisas: (i) las elecciones en los Estados Unidos no son procesos dirigidos a cambiar el sistema, sino a mantenerlo, reproducirlo y consolidarlo; (ii) el Estado, el sistema político, el gobierno y la élite de poder en ese país no constituyen estructuras homogéneas, monolíticas, sino que expresan la diversidad de posiciones de los diferentes sectores que integran la clase dominante --la burguesía monopólica, la oligarquía financiera--, cuyos intereses coinciden en la lógica del sistema, pero varían en sus modos o estilos, y se manifiestan a través de las instancias gubernamentales, los grupos de presión, los partidos y las corrientes ideológicas; (iii) la sociedad norteamericana se distingue de la estructura estatal y de las Administraciones que se suceden en la Casa Blanca, toda vez que el pueblo que la compone y determinadas tradiciones son ajenos y a menudo, contrapuestos, a los designios imperiales, como suele suceder en las sociedades basadas en antagonismos clasistas; (iv) los factores ideológicos influyen en la formulación de la política exterior norteamericana en un doble plano: por un lado, propiciando el consenso interno que aporta legitimidad para respaldar determinada línea de acción internacional, y por otro, aportando la base programática o plataforma que sostiene dicha línea, posibilitando su implementación (al definir direcciones, contenidos, recursos, instrumentos, tiempos).

I. Consideraciones teóricas iniciales

La mirada realista de las relaciones internacionales parte del supuesto de que

¹ Charles W. Kegley y Eugene R. Wittkopf, *American Foreign Policy: Pattern and Process*, New York: St. Martin's Press, 1991. p. XVI.

más allá de las fronteras nacionales, la dinámica política interna no es el elemento fundamental para explicar las acciones de los Estados. Según esa visión, la política exterior es el resultado de acciones y reacciones estatales ante limitaciones y oportunidades externas. Así, el Estado es considerado por el realismo político (*realpolitik*), en sentido general, como un actor racional unificado que adopta una proyección exterior como reflejo de los riesgos y espacios que le presenta el sistema internacional, regional o global, con el fin de maximizar sus intereses. Esta distinción realista entre proceso político interno y externo se basa en el criterio de que mientras los factores determinantes de la política interna o doméstica dependen del sistema político de la nación (incluyendo la influencia de la opinión pública, los partidos políticos y grupos de interés), la política exterior es un producto del Estado mismo, relativamente desligado, distanciado o situado por encima, de la sociedad. Esta visión subestima o simplifica el proceso de decisiones, el rol de las instituciones de gobierno y no gubernamentales, desconociendo el dinamismo y alcance real de la política doméstica y el complejo contexto en que interactúan estos elementos en la formulación o gestación de la política exterior. Las teorías que como la de la *realpolitik* asumen al sistema internacional como fuente de la política exterior de los Estados, explican fundamentalmente las direcciones generales de esta política como resultado de los efectos del contexto mundial y pierden de vista los distintos factores internos.

La proyección externa norteamericana se conforma a partir de la confluencia de una diversidad de factores internos, entre los que los ideológicos juegan un papel relevante. Como ha señalado Casandra Castorena, “la agenda de política exterior de los Estados Unidos (incluso podría decirse que de cualquier país) no es el resultado de la toma de decisiones de una sola persona, como el presidente, ni de un solo grupo, ya sea un partido político, una empresa transnacional o bien un grupo de interés, sino que es, en todo caso, el resultado de un proceso de negociación e intercambio (y en algunas situaciones, construcción) de acuerdos entre diferentes grupos que poseen intereses, objetivos y mecanismos de incidencia en el proceso de formulación de política exterior de los Estados Unidos.”²

Sobre la base de lo expuesto, la toma de decisiones y la formulación de la política exterior norteamericana es un proceso condicionado por la conjugación de diversas variables, cuyo escenario no es el sistema de gobierno, sino el sistema político en su totalidad.³ Ese proceso es el lugar donde se articulan y negocian el conjunto de intereses de la clase dominante estadounidense. Es ahí donde concurren principalmente los grupos de presión que defienden a las clases y sectores que buscan tal o cual política exterior más favorable a la defensa de sus necesidades inmediatas y a su desarrollo y preeminencia histórica

² Casandra Castorena, “Los cuatro pilares de la política exterior norteamericana hacia el hemisferio occidental en el siglo XXI”, en Marco A. Gandásegui (Coordinador), *Estados Unidos y la nueva correlación de fuerzas internacional*, Siglo XXI Editores/CLACSO, México, 2017, p. 178.

³ Véase Arthur F. Bentley, *The Process of Government*, Harvard University Press, Cambridge, 1967.

nacional e internacional. De ahí que el estudio del sistema político norteamericano en general --y de aquellos segmentos de él dedicados a las relaciones exteriores-- sea indispensable.

El presente análisis se acoge al criterio que comprende el concepto de sistema político en un sentido amplio, es decir, no sólo referido a la estructura u organización política de la sociedad (el conjunto de organizaciones, organismos e instituciones políticas), y considera que el mismo abarca otros elementos, como las relaciones políticas (nexos dentro de la organización política y de ésta con la sociedad en su conjunto); los elementos reguladores del sistema (normas políticas y jurídicas, especialmente la Constitución y las leyes de un país) y la cultura, ideología y procesos de socialización políticas (como elementos de índole subjetiva, orientados al afianzamiento, desarrollo y mantenimiento de un determinado sistema social. Desde esta perspectiva, el concepto de sistema político rebasa o amplía la noción de sistema de gobierno (que en ocasiones se asume como equivalente), e incluye a otros componentes, como los partidos políticos, grupos de poder, normas político-jurídicas, así como los valores culturales y procesos ideológicos, muchos de los cuales desempeñan una función reguladora.

El sistema político norteamericano se caracteriza por una serie de principios que se expresan desde muy temprano en la propia aparición e historia de la nación: su carácter presidencialista, el federalismo, la división de poderes, el bipartidismo, el principio de pesos y contrapesos, el

cabildo, y las particularidades de las corrientes ideológicas y del proceso electoral. Esos principios indican que el sistema político norteamericano fue diseñado para que los poderes del Estado que se creaba a partir de la independencia de las Trece Colonias británicas quedaran firmemente en manos de la clase burguesa dominante, y no fueran amenazados sus intereses por la irrupción de las masas con sus demandas democráticas. Para ello, se requería que talas definiciones se integraran en el imaginario popular, formando parte orgánica de la cultura política nacional.

La cultura política está conformada por un conjunto de orientaciones, pautas y valores (relativamente estables), que caracterizan las relaciones entre los diversos grupos sociales con respecto al poder político, y que condicionan la experiencia del desarrollo político de la sociedad⁴. Es un punto de referencia clave para comprender el sustrato subjetivo del sistema político y los procesos que, como los de la formulación de la política exterior, tienen lugar en él, así como para entender los contenidos doctrinales, los soportes ideológicos que nutren, pongamos por caso, la imagen de los intereses nacionales, el discurso en torno a la seguridad nacional, las actitudes que refleja la población a través de las encuestas referidas al liderazgo político del país, o los argumentos que alimentan la política exterior. De ahí la centralidad que la ideología adquiere en la

⁴ Véase Gabriel Almond y Sydney Verba, eds, *The Civic Culture Revisited*, Little Brown, London, 1980.

cultura política, en tanto reflejo de las relaciones de clase y de poder⁵.

Según se ha precisado, “el análisis de la cultura política resulta fundamental como elemento de enlace entre los diferentes aspectos que conforman el sistema político y la conciencia política de una sociedad concreta; la cultura política refleja el nivel de conocimiento y nociones de las distintas clases y capas de la sociedad sobre el poder y la política, así como el grado de su actividad”⁶.

Asumiendo lo expuesto es que la presente indagación presta atención a la ideología, considerándola como un sistema de significados, valores y creencias relativamente formal y articulado que encierra tanto una concepción universal (omnicomprensiva) como una perspectiva de clase. En una sociedad clasista, como la norteamericana, el proceso de “imposición” de esta ideología como dominante en la totalidad social se lleva a cabo por los aparatos ideológicos del Estado, como la escuela, los medios de comunicación, las organizaciones sociales, entre otras instituciones⁷.

A través de las definiciones que la ideología dominante establece en la cultura política

⁵ Véase Jurgen Habermas, *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*, Editorial Amorrortu, Buenos Aires, 1975.

⁶ Soraya Castro Mariño y Luis René Fernández Tabío, “La conciencia política: el interés y la seguridad nacional de Estados Unidos”, en: Colectivo de autores, *Estados Unidos. Dinámica interna y política exterior*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2003, p. 174.

⁷ Véase Raymond Williams, “La Hegemonía”, en: *Marxismo y literatura*, Editorial Península, Barcelona, 1980.

norteamericana es que se arraigan los conocidos valores que identifican la tradición liberal: gobierno limitado, libertad individual, exaltación de lo privado, autodeterminación, democracia, sentido legalista, nacionalismo, espíritu de libre empresa, ética protestante, respeto a derechos humanos inalienables, igualdad de los ciudadanos ante la ley, creencia de que es pueblo elegido por Dios, centralidad de la familia, gobierno de las mayorías, derechos de las minorías, convicción en las virtudes del federalismo, la división de poderes y el bipartidismo. No todos revisten importancia directa, claro está, para la proyección internacional de la nación. Pero a menudo se les manipula, conectándolos con ella, al esgrimir la defensa, real o artificial, ante presuntas amenazas a la identidad cultural y la seguridad nacional.

Es cierto que los Estados Unidos “no solamente se presentan como guardián (gendarme internacional) de la civilización (libertad y democracia), también son la nación pujante, emprendedora, que impuso la producción en masa para el consumo generalizado que, en la lógica del capital, es condición para que exista la posibilidad de bienestar material y que éste alcance a toda la humanidad (...). Libertad y progreso, individualismo y consumismo, democracia y mercado, son parejas de valores sobre las cuales se levanta el influjo ideológico del sueño americano y del *american way of life*. Los Estados Unidos lograron, a lo largo de la historia y a pesar de su tradición intervencionista, construir un imaginario social libertario”⁸. Esta síntesis esclarece

⁸ Jaime Zuluaga, “La construcción de la identidad nacional de Estados Unidos”, en: Marco A. Gandásegui,

bien el nexo entre cultura política, valores, ideología, y la política norteamericana.

En el análisis de los procesos implicados en la toma de decisiones y la formulación de la política exterior, se identifican dos grandes niveles de análisis: un nivel “macro”, que considera básica y unilateralmente las influencias del sistema internacional; y un nivel “micro”, que pondera principalmente las incidencias internas⁹. Otros distinguen tres enfoques principales que abordan el proceso de toma de decisiones y de formulación de la política exterior de los Estados Unidos¹⁰. El primero, ya mencionado, es el modelo clásico del “actor racional”, utilizado con frecuencia en los esquemas estratégico-militares. Considera que la nación norteamericana es una unidad compacta, cuyo interés nacional es interpretado también monolíticamente por el sistema político y de modo más preciso, por el gobierno. Es éste el encargado de definir los objetivos nacionales que se deben garantizar unitariamente para preservar e incrementar el poder de la nación, enfrentando a otros Estados, que hacen otro tanto desde sus propias perspectivas. Frente esos objetivos nacionales se alzan amenazas ante los que es imperioso levantar un proyecto nacional, con un soporte doctrinal y estratégico para

hijo, y Dídimo Castillo Fernández (Coordinadores), *Estados Unidos. La crisis sistémica y las nuevas condiciones de legitimación*, Siglo XXI Editores/CLACSO, México, 2010, pp. 157-158.

⁹ Véase David Singer, “The Level of Analysis problems in International Relations”, en Klaus Knorr y Sidney Verba (Eds.), *The International System: Theoretical Essays*, Princeton University Press, Princeton, 1971.

¹⁰ Véase Richard H. Ullman, Richard H., y Raymond Tanter (Eds.), *Theory and Policy in International Relations*, Princeton University Press, Princeton, 1972.

vencer a esas amenazas. Ahí es donde el factor ideológico desempeña un importante papel, suministrando valores, creencias, convicciones, percepciones e incluso mitos, a partir de los cuales se crea el consenso interno necesario para respaldar una acción exterior, al mismo tiempo que se establece la plataforma y agenda de política internacional. El gobierno, como actor central y hasta único, toma las mejores decisiones, formula las alternativas óptimas, en representación de la nación, para neutralizar o eliminar las amenazas.

El segundo enfoque, conocido como modelo organizacional o institucional, estima, por el contrario, que el proceso de formulación de la política exterior no es realizado por una nación o gobierno monolítico, sino por un conjunto de instancias cuya característica básica es el de ser organizaciones en las cuales se realizan procesos organizativos. Las acciones y decisiones gubernamentales son el producto de esos procesos, pues a su juicio, toda decisión requiere el trabajo de una organización, y toda acción requiere también la labor de una organización. Así, cada instancia u organización del sistema político tiene una función asignada por éste, y en el cumplimiento de la cual adquiere una forma específica de imaginar las acciones, los beneficios y los costos. Tiene además una serie de normas y rutinas propias. El proceso que tiene lugar viene a ser como una negociación entre instancias u organizaciones descentralizadas, cuya coordinación y control tiene como límites los poderes que se ponen en juego en dichas negociaciones. La flexibilidad de las opciones ante los problemas de que se trate

es limitada, por cuanto tales instancias tienden a cambiar con lentitud, sus prioridades, percepciones y criterios de evaluación son de alta estabilidad. La ideología aquí también opera, toda vez que, como regla, las instituciones, entidades u organizaciones poseen tradiciones, a manera de subculturas, basadas en concepciones, valores, modos de actuar, heredados, que no suelen debatirse, condicionado como por inercia las decisiones que se toman al formular las acciones o direcciones de política exterior.

El tercer enfoque, comúnmente llamado modelo burocrático, considera a la acción política como el resultado de los compromisos, conflictos e incluso, de las confusiones que se producen entre individuos (funcionarios, directivos) que tienen distintos grados de información y poder, y que impulsan un proceso de discusiones, regateos, concesiones a través de canales previa y claramente establecidos, regulados legalmente. Quienes negocian en este caso son individuos, no instancias u organizaciones, y son ellos los que sitúan propuestas, o les imponen espacios y límites a las propuestas que se elaboren. En este caso es también obvio que, como en el anterior, los factores ideológicos condicionan las posiciones y decisiones de las figuras que participan del juego burocrático, desde el presidente y el vicepresidente hasta los asesores, funcionarios permanentes, que permanecen en sus cargos, aunque cambien los gobiernos de turno, secretarios y subsecretarios que dirigen los Departamentos, congresistas que coordinan

la labor de los Comités y Subcomités implicados en temas de política exterior.

La complejidad del análisis aconseja no adscribirse de modo unilateral a uno u otro enfoque, sino a combinarlos con sentido dialéctico y creatividad. Ello puede ejemplificarse con la siguiente reflexión: “Los intereses geopolíticos y de la clase dominante pueden, en última instancia, ser más importantes que las políticas burocráticas que determinan la política exterior; pero los intereses geopolíticos y de la clase dominante pueden ser virtualmente invariables dentro del período de tiempo pertinente, y por lo tanto es posible que resulte más práctico que uno se concentre en familiarizarse con el ambiente más fluido de las políticas burocráticas, lo suficientemente como para progresar al menos un poco en la promoción de sus objetivos”¹¹. Este punto de vista pone de manifiesto matices relevantes, que sugieren la conveniencia de prestar atención, por expresarlo de alguna manera, tanto a los árboles como al bosque, y de no perder de vista el papel de los factores ideológicos, que se plasman en intereses, prioridades y decisiones, lo mismo en beneficio de las clases dominantes como tales que de las instancias burocráticas de que se trate¹².

El presente trabajo se inscribe, a partir de lo planteado, en un nivel de análisis “micro”,

¹¹ Bradford Westerfield, “Aproximaciones al estudio de la toma de decisiones de política exterior en Estados Unidos”, en *Cuadernos Semestrales. Perspectiva Latinoamericana*, CIDE, Segundo Semestre, No. 10, México., 1981, p. 18.

¹² Véase Eugene R. Wittkopf, “Introduction”, en Eugene R. Wittkopf, *The Domestic Sources of American Foreign Policy. Insights and Evidence*, James M. McCormick, 1999.

tomando nota del enfoque realista clásico, con sus limitaciones, con las prevenciones señaladas que intentan complementarle, y considerando elementos de las propuestas conocidas como organizacional/institucionalista y burocrática¹³. Al poner énfasis en el papel de la dinámica interna y en particular, en los factores ideológicos --visible en la definición de los intereses nacionales y de seguridad nacional y de valores como la democracia, la libertad, la igualdad de oportunidades--, se parte de considerar, según ya se indicó, que ellos condicionan tanto la estructuración del consenso nacional en torno a los asuntos vinculados con dicha política como el enfoque y los contenidos de la plataforma conceptual o doctrinaria que sostiene a la misma¹⁴. En este contexto, según se ha señalado con razón, “la concepción de seguridad nacional puede considerarse como el núcleo central de las diversas doctrinas en materia de política exterior que desde la segunda postguerra han servido de base teórica para la conformación de política en la esfera de las relaciones internacionales”¹⁵.

II. Antecedentes

¹³ Véase Wilfried Gerhard, *Patterns of American Foreign and Security Policy*”, en *Kaitsevae Uhendatud Oppeasutused (Estonia National Defense College)*, No. 13, Tartu, 2010. <https://www.ceeol.com/search/article-detail?id=149115>.

¹⁴ Charles W. Kegley y Eugene R. Wittkopf, *Op. Cit.*

¹⁵ Soraya Castro Mariño y Luis René Fernández Tabío, *Op. Cit.* p. 219.

La influencia de los factores ideológicos en la conformación y diseño de la política exterior norteamericana se registra desde temprano en la historia de la nación. En el discurso de despedida de George Washington, al abandonar su cargo como presidente, exhorta a mantener posiciones de neutralidad ante los conflictos que tenían lugar en Europa, como un recurso para evitar el desgaste de los nacientes Estados Unidos ante un eventual involucramiento bélico. Quizás sea el siglo XIX, sin embargo, el que primero muestra con mayor claridad el papel de las consideraciones ideológicas y de los factores culturales, en la medida que en la formulación de la *Doctrina Monroe*, concebida en 1823 como valladar para frenar las apetencias de las viejas colonias europeas en América Latina, se acude al principio de “América para los Americanos”, presentando un presunto sentido de pertenencia como justificante de un patrón de defensa colectiva, que en realidad enmascaraba propósitos tempranos de dominación hemisférica. La argumentación ideológica, como lo sería también un tiempo después la legitimación del despojo de territorios a México en 1848, al invocar el *Destino Manifiesto*, y la articulación ulterior del *Panamericanismo* entre 1889 y 1890, se convertía en una funcional, eficiente herramienta a la hora de presentar como auténtico hacia el interior de la sociedad estadounidense y de estructurar la política exterior norteamericana hacia el mundo, una proyección expansionista e injerencista. El colofón de esos procesos, en los que el factor ideológico opera como elemento decisivo en la formulación de

acciones concretas, incluso bélicas, sería la intervención de los Estados Unidos en la guerra de Cuba con España, en 1898, junto al establecimiento en la Isla de un modelo ejemplar de protectorado y de neocolonialismo, que inauguraba la etapa imperialista de la política exterior norteamericana.

Con posterioridad, la historia de dicha política exterior, desde la Primera hasta la Segunda Guerra Mundial, a través de las prácticas cobijadas bajo la Diplomacia de las Cañoneras y del Dólar, el Gran Garrote y la Buena Vecindad, dejaban claro la utilidad de la apelación a los intereses nacionales, los valores tradicionales, las percepciones de amenazas, como elementos ideológicos y culturales que permitían armar las proyecciones continentales, regionales, subregionales y nacionales de los Estados Unidos, con una impresionante línea de continuidad, más allá de las diferencias partidistas (demócratas o republicanas) y corrientes de pensamiento (liberales o conservadoras), así como de las diferencias de estilo en los liderazgos personales de uno u otro gobernante¹⁶.

Quizás bastaría con recordar el conocido discurso del presidente Franklin Delano Roosevelt, conocido como el de “las cuatro libertades”, pronunciado en enero de 1941, a inicios de la Segunda Guerra Mundial, que aportaba legitimación ideológica a la política internacional norteamericana, ya definitivamente imperialista, anticipando las

¹⁶ Véase Michael H. Hunt, “La ideología en la política exterior de Estados Unidos durante el siglo XX”, en *Huellas de Estados Unidos*, No. 13, octubre, Cátedra de Historia de Estados Unidos, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, Buenos Aires, 2017.

formulaciones que ganarían cuerpo doctrinal luego, durante las cuatro décadas del período de la Guerra Fría, en cuya base se entrelazaban consideraciones ideológicas fundamentales, como las ideas contenidas en la llamada Doctrina Truman, el telegrama de las ocho mil palabras de Kennan, el discurso de Churchill en su visita a los Estados Unidos, los enunciados conducentes al Plan Marshall y al Memorándum 68 del Consejo de Seguridad Nacional. Toda la filosofía y la ejecutoria norteamericana de entonces estuvo troquelada en torno a las concepciones anticomunistas de la “contención al comunismo” y a las supuestas amenazas extracontinentales, que se plasmaron, por ejemplo, en el nacimiento de la Junta Interamericana de Defensa, del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) y de la Organización de Estados Americanos (OEA), como instrumentos activos, funcionales de la política exterior, que serían aplicados en numerosas ocasiones¹⁷.

Toda la confrontación con la URSS y el campo socialista, así como las acciones intervencionistas en el Tercer Mundo estuvo basada en construcciones ideológicas que de manera directa propiciaron acciones concretas y documentos programáticos que guiaron la política exterior. Esta pauta de elaboraciones ideológicas, conceptuales, dirigidas a la conducción de la proyección internacional norteamericana, estuvo presente, por ejemplo, en el proceso de distensión internacional, en la articulación

¹⁷ Véase Rafael San Martín, *Biografía del Tío Sam*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2007.

de la política de coexistencia pacífica, de la carrera armamentista, entre otras líneas de desarrollo de las relaciones internacionales de los Estados Unidos. Es bien conocida la efectiva labor de intelectuales devenidos en funcionarios políticos como Kissinger y Brzezinski, entre otros, junto al quehacer de grupos especiales de trabajo, como la Misión Rockefeller, la Comisión Linowitz, el Comité de Santa Fe, e importantes medios de comunicación y centros de pensamiento o *think-tanks*, que desde finales de los años de 1960, y a lo largo de los decenios de 1970 y 1980, dejaron ver el papel determinantes de las consideraciones ideológicas en política exterior. En la década de 1990, al terminar la Guerra Fría, dichos factores jugaron un papel sumamente dinámico al construir las nuevas percepciones de amenaza, las nuevas imágenes de los enemigos, alimentando el antinorteamericanismo. En este trayecto, hasta la aparición del terrorismo internacional en 2001 como el gran adversario, se procuró desde la ideología articular otras figuras, como la de las migraciones masivas sin control, el crimen transnacional organizado, la subversión en el Tercer Mundo, entre otros.

Limitaciones de espacio impiden abundar en antecedentes relevantes y en ejemplificaciones, que podrían documentar e ilustrar en situaciones específicas la manera en que las posiciones ideológicas de un funcionario, las recomendaciones contenidas en un informe, las evaluaciones de un centro de pensamiento o los criterios expuestos en ciertas revistas especializadas, desempeñaron una influencia decisiva en

ciertos momentos durante el último período del siglo XX.

III. El factor ideológico y la política exterior norteamericana en el siglo XXI

Los acontecimientos del 11 de septiembre propician el despliegue, ampliación y consolidación de una plataforma ideológica que si bien focaliza un “nuevo” enemigo que viene a ocupar el lugar del eje articulador de la política exterior que durante la guerra fría lo constituía el comunismo internacional --el terrorismo--, retoma elementos de continuidad que están en la base de la cultura política norteamericana, y que al mismo tiempo brindan legitimidad a la política interna. Cuando el gobierno de W. Bush conjura su lucha aberrante contra el terrorismo, promovido por autores externos, pasa por alto o desconoce las raíces de violencia e intolerancia interna, que marcan la cultura política de la sociedad norteamericana. El decurso de la historia de Estados Unidos confirma que dichas raíces no tienen que ver con inmigrantes, ni con grupos o gobiernos hostiles del llamado Tercer Mundo. En realidad, las mismas conforman una cierta tradición, la cual ha propiciado circunstancialmente expresiones de terrorismo interno, estimuladas por ideologías y prácticas de extrema derecha, insertadas orgánicamente en el espectro político estadounidense y argumentadas como legítimas, en la medida que afectaban o retaban los principios de la cultura o la seguridad nacional.

El antinorteamericanismo se comprende como una construcción ideológica que—sin desconocer sus raíces y expresiones anteriores—adquiere una acentuada y manipulada presencia en el discurso político gubernamental y las formulaciones estratégicas estadounidenses a partir de los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001, al justificarse la denominada guerra global contra el terrorismo en términos del enfrentamiento a acciones antinorteamericanas. Se aprecia su funcionalidad desde la Administración de George W. Bush hasta la de Barack Obama, ambas con sus dobles períodos, e incluso hasta la de Donald Trump, como parte del esfuerzo retórico y mediático reciente que concibe y presenta la seguridad de la nación como una función de la hegemonía (puesto que no se utiliza en documentos o discursos gubernamentales este último concepto). Se trata de una perspectiva con antecedentes históricos, que se formaliza en el contexto de la Segunda Guerra Mundial y con posterioridad a ésta, al calor de la Guerra Fría y del Macarthismo¹⁸.

Ello se expresa en el siglo XX tanto en el plano doméstico (legitimando consenso interno), como internacional (en tanto plataforma de política exterior). Sus raíces ideológicas se hallan en la cultura política y el proceso histórico de desarrollo capitalista en los Estados Unidos. Su contenido se plasma de diversos modos, sobre todo en las percepciones de amenaza que conlleva, propiciando la conflictividad

internacional, como sucede con notoriedad a lo largo de las dos primeras décadas de la presente centuria, bajo las dobles Administraciones de W. Bush y de Obama, así como durante el período de gobierno de Trump. Tales percepciones se han manifestado a través de diversas vías, si bien es en los documentos denominados Estrategias de Seguridad Nacional en los que mejor se aprecia lo que se presenta como peligro para la identidad, la cultura y la seguridad nacional, luego de que tras los atentados del 11 de septiembre se acrecienta la manipulación nativista, chovinista y patrioter, al introducirse el concepto de seguridad de la Patria o seguridad interna (*Homeland Security*) y expandirse con la obra de Samuel Huntington el de enemigo interno, basado en la representación negativa de los inmigrantes latinoamericanos, sobre todo mejicanos¹⁹.

El análisis que sigue examina, en líneas generales, la influencia de los factores ideológicos en la política exterior de los Estados Unidos bajos los tres presidentes entre 2000 y 2020.

W. Bush

El siglo XX terminó con el prolongado, fraudulento e irregular proceso electoral, cuyos resultados pudieron conocerse -- luego de cinco semanas posteriores a la fecha oficial de las votaciones del 7 de noviembre-- a través de una decisión de la

¹⁸ Véase Max Paul Friedman, *Rethinking Anti-Americanism. The History of an Exceptional Concept in American Foreign Relations*, Cambridge University Press, New York, 2012.

¹⁹ Véase Samuel P. Huntington, *Who are We? The Challenges to America's National Identity*, Simon & Schuster, New York, 2004.

Corte Suprema de Justicia, que nombraba presidente a W. Bush. Ese proceso electoral puso de manifiesto los profundos dilemas políticos que enfrentaba la nación desde años atrás, donde las conmociones y reajustes del sistema venían propiciando visibles divisiones. En ese contexto, quedaba claro que el designado presidente W. Bush carecía de un mandato, lo cual se reflejaba tanto al nivel de los cuestionamientos por parte de la opinión pública como de las críticas que aparecían en los medios de prensa y en los círculos académicos. Las encuestas reflejaban inconformidad y recelo hacia las cualidades de liderazgo y conducción de la nación del nuevo presidente.

El papel del factor ideológico en la orientación y formulación de la política exterior norteamericana es particularmente visible durante los períodos de gobierno de W. Bush. Lo que se conoció como la “doctrina Bush” --es decir, el conjunto de criterios y de acciones que conformaría la proyección global implementada por los Estados Unidos durante la mencionada etapa--, se estructuró alrededor de las construcciones ideológicas sobre el tema de la seguridad nacional y la urgente defensa de la misma, ante las que fueron consideradas como las amenazas derivadas del terrorismo internacional.

W. Bush proclamó el fin de las acciones combativas en Irak y el triunfo de la agresión militar contra ese país el primero de mayo de 2003, tras descender de un avión de combate sobre la plataforma del portaviones Abraham Lincoln, con gran cobertura propagandística. Así pretendió

mostrar al mundo, de modo simbólico, que su país había cumplido la “misión”. Con ello comenzaría a hablarse del éxito, del momento culminante, en la aplicación de una política exterior belicista, intervencionista, diseñada en torno a consideraciones de seguridad nacional, percepciones sobre las amenazas y basada en los postulados doctrinarios de extrema derecha promovidos por el presidente. Es ese el marco en que se bautiza como tal a la “doctrina Bush” --si bien existían antecedentes de ella--, al designarse así al enfoque aplicado en la política exterior. Además, W. Bush se refirió al “advenimiento de una nueva era”, destacando la “destreza y poder de las fuerzas armadas estadounidenses”, al “combatir por la causa de la libertad y por la paz del mundo”. También reiteró la advertencia que planteara con anterioridad, sobre la intención de actuar antes de que se materializaran las amenazas contra la seguridad de los Estados Unidos, o sea, preventivamente, y con el uso de la fuerza si fuera necesario²⁰.

El presidente había comenzado a delinear públicamente la base ideológica de su “doctrina” en el discurso dirigido a la nación, pronunciado el 20 de septiembre de 2001, o sea, nueve días después de los ataques terroristas a Washington y Nueva York. Con posteridad, fue perfilándola en su primer informe del Estado de la Unión en enero de 2002 y más tarde en su discurso ante los graduados de West Point, en junio

²⁰ Véase Carlos Fernández de Cossío, “La Doctrina Bush: Ruptura o continuidad en la política exterior de los Estados Unidos”, en *Pensar a Contracorriente IV*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2007.

del propio año. No obstante, fue en el documento de la Estrategia de Seguridad Nacional de 2002, donde quedaron estructurados de forma más acabada los enunciados que la componían y que establecen la identificación como “doctrina Bush”²¹.

Nuevos matices en el tratamiento del tema de la seguridad nacional como cuestión central en el ejercicio de la política exterior de los Estados Unidos, que se suman al enfoque ideológico que sostiene a la “doctrina Bush” se ubican a comienzos de 2005, apreciándose cierto cambio en la proyección y el discurso gubernamental del Presidente en enero de ese año, al pronunciar su mensaje anual sobre el Estado de la Unión, después de su reelección para un segundo mandato. En este caso, se caracterizó por la moderación del lenguaje, disminuyendo la estridencia en contraste con su retórica más agresiva en años anteriores y por el reajuste en las prioridades estratégicas. Algo similar sucedió con el texto de la Estrategia de Seguridad Nacional de 2006, cuyo lenguaje refleja cierta moderación, cuando se le compara con la de 2002.

Aunque no fue eliminado del todo, se advierte una disminución allí del tono arrogante, del énfasis ostensible en el uso del poderío militar y la amenaza a los supuestos enemigos, desplazándose un tanto la obsesión por el tema la lucha contra el terrorismo por una atención a la responsabilidad de los Estados Unidos en la

lucha a favor de la democracia y de la libertad. Entretanto, la ocupación militar de Irak y Afganistán se incrementó, las torturas siguieron, las prisiones como la de Guantánamo continuaron, prosiguieron los asesinatos, las cárceles secretas se descubrieron, los daños a la población civil continuaron y la amenaza contra Irán se incrementó hasta el día de la salida de W. Bush de la Casa Blanca. Tales acciones concretas en el ejercicio de la política exterior norteamericana estuvieron determinadas por la legitimidad que aportó la argumentación ideológica utilizada por el gobierno y, sobre todo, por W. Bush, que las hacían indispensables en el enfrentamiento a las amenazas externas.

Entre 2001 y 2004, tanto el enfoque como la práctica adjudicada al presidente en términos de “doctrina”, se caracterizó una política exterior de marcada carga ideológica, basada en argumentos filosóficos y morales expansionistas, acordes al Destino Manifiesto, de inspiración incluso religiosa, justificativos del unilateralismo, del uso de la fuerza y de las llamadas acciones anticipadas o preventivas.

Ya en el segundo mandato de W. Bush, a partir de enero de 2005, se fue haciendo cada vez más obvio que su orientación doctrinal internacional estaba llegando a sus límites. La extrema prepotencia que había caracterizado la política exterior estadounidense conllevaba costos muy altos para el sistema. Se estimaba que, al extralimitarse en Irak, al enajenar a los aliados y al permitir que la llamada “guerra contra el terrorismo” opacara otras

²¹ Véase Ivo H. Daalder y James M. Lindsay, *America Unbound: The Bush Revolution in Foreign Policy*. Brookings Institution Press, Washington, D.C., 2003.

prioridades nacionales, la Administración de W. Bush había conducido a los Estados Unidos a una guerra fracasada, tensado en extremo los recursos militares y comprometido seriamente las finanzas del país. La legitimidad de tal “doctrina” estaba cada día más cuestionada internacionalmente y su apoyo interno se debilitado²². En tales condiciones, se veía comprometida la funcionalidad del factor ideológico, al quedar limitada su capacidad para mantener el necesario consenso en torno a las direcciones de dicha política, y cuestionada la eficacia de los instrumentos empleados²³

Obama

La victoria demócrata en el proceso electoral de 2008 constituyó un hecho simbólico sin precedentes en la historia política norteamericana. Contrastando con las apreciaciones que cuestionaban la posibilidad de que Obama, un hombre de piel negra, pudiera ser el presidente electo -basadas en la carga histórica de prejuicios profundamente enraizados en la cultura nacional, estructurada en torno a la intolerancia, el racismo, la xenofobia, el elitismo, el puritanismo, el fundamentalismo étnico y las convicciones de supremacía blanca--, la realidad confirmó el alcance de los cambios que se

habían venido operando en la sociedad estadounidense²⁴.

Esa sociedad reclamaba cambios tanto en el orden objetivo como en el subjetivo. El cansancio acumulado, la crisis de confianza, el deterioro moral, el agotamiento ideológico del proyecto conservador, los reveses económicos, el desencanto ciudadano, el clima psicológico de incertidumbre y temor, la ineficacia de la política exterior, la creciente impopularidad del presidente W. Bush, las críticas al desempeño de los republicanos, configuraban un cuadro de desgaste que el candidato demócrata capitalizó desde temprano durante el desarrollo de la campaña, codificándolo bajo un discurso y una consigna a favor del cambio.

Entre las principales influencias intelectuales que recibe Obama es conocida la de Joseph Nye, Jr., en la medida en que incorpora a sus proyecciones estratégicas los conceptos del “poder blando” y de “poder inteligente”, elaborados por ese autor, junto a la de Zbigniew Brzezinski, quién también argumentaba la importancia de los factores ideológicos y culturales en la estructura del poder global actual y llamó la atención sobre el surgimiento de lo que identificó como un “despertar político global” y el reto que ello representaba para el poderío imperial norteamericano. Así, de manera general, se manifiesta la influencia de la ideología en la política exterior que

²² Véase Philip H. Gordon, “The End of the Bush Revolution”, en: *Foreign Affairs*, julio/Agosto, 2006.

²³ Véase John Micklethwait y Adrian Wooldridge, *Una Nación Conservadora, El poder de la derecha en Estados Unidos*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2007.

²⁴ Véase Jorge Hernández Martínez, “El momento Obama: ¿cambio de guardia en el sistema”, en Jorge Hernández Martínez (Coordinador), *Estados Unidos y la lógica del imperialismo*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2012.

genera desde sus inicios la Administración Obama, en la que se alimentaba la idea de que se necesitaba un gobierno vigoroso que legitimara el uso de la fuerza en las relaciones internacionales, incluida la militar, con gran atención al tema de la defensa de la seguridad nacional. El liberalismo de que se suponía era portador la ideología del presidente, se amalgamaba con un conservadurismo moderado o con lo que podría llamarse un realismo político conservador. Esta mezcla ideológica lo alejaba de W. Bush, y visto a la luz del presente, lo acerca a Trump.

Las propuestas de política exterior de Obama implicaban reajustes y continuidades. En el centro de ella se hallaba la defensa de los intereses vitales de los Estados Unidos. Se buscaba preservar la primacía que los Estados Unidos construyeron a partir de la Segunda Guerra Mundial y mantuvieron durante la Guerra Fría mediante la política de contención, desde Truman hasta Reagan-Bush padre; a través del compromiso selectivo durante los gobiernos de Clinton y con el empleo de la guerra contra el terrorismo durante la Administración de W. Bush. La primacía es una modalidad de gran estrategia basada en el principio de no tolerar el surgimiento y consolidación de un poder que rivalice con el propio. En el discurso pronunciado al asumir la presidencia, Obama invocó la defensa del Estado de derecho y los derechos humanos como ideales que inspiraron a los fundadores de la nación norteamericana. Insistió en la vigencia de esos ideales, recordando que la victoria sobre el fascismo y el comunismo no se debió sólo a los misiles y los tanques, sino a

sólidas alianzas y firmes convicciones. Dijo que la seguridad de los Estados Unidos emana de la justicia de la causa que defiende y de la fuerza de su ejemplo. Queda claro el papel funcional que desempeñaba la cultura política al fortalecer el consenso interno y proveer las bases de la política exterior.

Una de las tesis más fuertemente invocadas por Obama fue la cuestión ética de la relación entre la seguridad y los ideales: “En cuanto a nuestra defensa común, rechazamos como falsa la opción entre nuestra seguridad y nuestros ideales”. Seguridad versus ideales remite al problema clásico del recurso a la violencia en las sociedades. La violencia tiene un carácter instrumental, no es un fin en sí mismo, es un medio. Y en esa relación el fin no justifica los medios, de allí que no todo valga en la guerra como lo pretenden ciertas tradiciones militaristas. Esta postura es, tal vez, la de mayores implicaciones simbólicas y, en consecuencia, políticas, de las asumidas por el anterior mandatario norteamericano. Los ideales a los que remite el enunciado son los enarbolados por los Padres Fundadores de la nación norteamericana y que en el discurso del presidente se resumen en libertad y democracia, Estado de derecho y derechos humanos. El recurso a la violencia en aras de la seguridad y defensa no puede vulnerar las libertades democráticas, atentar contra los derechos humanos y desconocer el Estado de derecho. De allí la condena al recurso a la tortura en los interrogatorios y el anuncio del cierre de la prisión en Guantánamo, aún y cuando no haya actuado en consecuencia. Así, con Obama, fuerza y

diplomacia forman parte de la estrategia norteamericana para neutralizar, aislar y derrotar a sus enemigos, al menos al nivel discursivo²⁵.

En la Estrategia de Seguridad Nacional presentada en 2010 se trazaron, de manera general, los objetivos de su Administración y sus metas en política exterior, ante el nuevo entorno geopolítico mundial. No constituía un punto de inflexión ni doctrinal ni práctico con respecto al legado estratégico que recibió el presidente, a diferencia de su predecesor, se enfatiza la idea de evitar la confrontación para alcanzar los objetivos internacionales, priorizando, siempre que sea posible, la negociación y la persuasión. Ese era un presupuesto ideológico que se tradujo en acciones concretas de política exterior.

Aunque Obama se aparta en su lenguaje de la Administración de W. Bush al priorizar (como medio para alcanzar los objetivos de política exterior), la diplomacia frente al conflicto armado, poniendo acento en la cooperación global así como en la conformación de alianzas, no llega a expresar un distanciamiento significativo en cuanto a la doctrina de la guerra preventiva, lo que refuerza la argumentación acerca de que, visto a la luz del presente, la balanza se inclina más hacia la continuidad que al cambio.

La Estrategia de Seguridad Nacional de 2010 no se diferenciaba demasiado de enfoques anteriores, en la medida en que

sus principales objetivos parecieran seguir siendo los mismos: eliminar los elementos que obstaculicen los caminos para lograr los intereses hegemónicos de los Estados Unidos, recurriendo al pretexto, una vez más, de que amenazan su seguridad nacional. A pesar del esfuerzo por emplear matices, el documento ratifica la tradicional proyección belicista, conjugada con la política del “poder inteligente”.

En su versión expuesta en 2015, la Estrategia de Seguridad Nacional precisa que el crecimiento económico de su país es la base o fundamento de su seguridad nacional, y señala la importancia para los Estados Unidos de utilizar dicho documento como vehículo para asegurar su poder e influencia en el mundo. En esta versión, se plantea como prioridad la lucha contra el terrorismo. A las Fuerzas Armadas se les atribuye un rol importante en la conducción de la lucha global contra el terrorismo, aunque se impulsa una reducción en el número de sus componentes. Se indica que el uso de la fuerza por los Estados Unidos se hará en forma selectiva. No obstante, si bien se afirma que no necesariamente el uso de la fuerza es la primera opción, se señala que habrá ocasiones en que sí pueda serlo. El documento hace suyo el alegado derecho de los Estados Unidos a la utilización unilateral de la fuerza cuando así lo entienda necesario para la defensa de sus intereses a escala global. De cierta manera, con ello se redondea la continuidad básica de los pilares ideológicos que sustentan las proyecciones exteriores norteamericanas bajo los gobiernos de Obama, e incluso se

²⁵ Véase Andrew Bacevich, *Washington Rules: America's Path to Permanent War*, Metropolitan Books, New York, 2010.

reflejan puntos de empalme con la política de W. Bush.

Trump

El “fenómeno Trump” es una expresión de las sucesivas crisis económicas acumuladas en las últimas décadas en la sociedad norteamericana, que han implicado cambios en el tejido social y propiciado síntomas de crisis políticas, que se manifiestan sobre todo en el sistema bipartidista y en el terreno ideológico²⁶.

Los marcos sociopolíticos marcados por los efectos de crisis se definen con estados de ánimo signados por la insatisfacción o el temor en casi todos los sectores de la población, expresándose ello de diversos modos, si bien tiende a predominar la actitud de que se hace necesario defender los intereses amenazados o en peligro, según los puntos de vista de cada sector o de cada grupo social. Por ello, se generaliza el reclamo del “cambio”, demanda que cada uno de ellos lo expresa a su manera. En la configuración de ese entramado confluyen tres factores principales: la percepción de que el entorno es hostil y amenazante; el sentido de que esa amenaza afecta los intereses sociales e individuales sean materiales o espirituales; la convicción de que es necesario “cambiar” la situación. Un cuadro de esa naturaleza sirvió de marco a la contienda presidencial de 2016, y al triunfo de Trump, como candidato

²⁶ Véase Luis René Fernández Tabío y Hassan Pérez Casabona, “Donald Trump: ¿ajustes o nueva etapa en la política de Estados Unidos?” en *Cuadernos de Nuestra América*, No. 50, CIPI, La Habana, julio-diciembre, 2017.

republicano²⁷. Salvando distancias, una situación similar fue la que condicionó el contexto político-ideológico en las elecciones de 2008, y la victoria de Obama como aspirante demócrata. En aquella ocasión la antesala era la de un doble gobierno republicano. En ésta, la de una repetida Administración demócrata. Ambos prometieron cambiar el estado de cosas y reparar los daños causados por sus predecesores.

El triunfo electoral de Trump ha revitalizado al movimiento conservador, al populismo y las corrientes de extrema derecha como reacciones de desencanto, rechazo y ajuste de cuentas con el legado de Obama, añadiendo una estridente nota de intolerancia étnica, misoginia, machismo, homofobia y sentimientos antiinmigrantes, con un discurso patrioter que afirma defender a los “olvidados”. A la vez, promete restaurar el espíritu de la nación, fortaleciendo el rol mundial de los Estados Unidos, a través de las consignas *America First* y *Make Great America Again*²⁸.

Quizás lo más interesante de la victoria de Trump sea que mostró la posibilidad de que las ideas y propuestas conservadoras, de derecha radical, hallaran espacio, una vez

²⁷ Véase Francis Fukuyama, “American Political Decay or Renewal? The Meaning of the 2016 Election,” *Foreign Affairs*, July/August Issue, 2016. <https://www.foreignaffairs.com/articles/united-states/2016-06-13/american-political-decay-or-renewal>.

²⁸ El autor expone con mayor amplitud algunas de estas ideas en un trabajo anterior. Véase Jorge Hernández Martínez, “Estados Unidos en transición. El trumpismo entre procesos electorales y ciclos históricos”, en *Huellas de Estados Unidos*, No. 12, abril, Cátedra de Historia de Estados Unidos, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, Buenos Aires, 2017.

más --en un contexto de crisis cultural y transición, como ocurrió en los años de 1980--, en el sistema político y la sociedad civil en los Estados Unidos. Aún y cuando no constituyan una práctica y una institucionalidad como las que acompañan a las expresiones históricas del fascismo europeo y latinoamericano, desde el punto de vista ideológico conforman una visión del mundo con elementos fascistas.

Con todo, conviene precisar que si bien el fascismo ha sido un recurso en tiempos de crisis política en la sociedad capitalista en general, y en el caso de los Estados Unidos la profundización de una crisis de tal naturaleza propicia hoy ciertas condiciones para su definición en el plano ideológico --como cuerpo intelectual y político el que se reúnen actitudes, comportamientos y racionalidades que se traducen en la rearticulación de un nuevo consenso--, existen límites político-culturales que impiden su institucionalización como régimen político.

Trump exhibe en su desempeño un expediente que evoca el despectivo lenguaje fascista, basado en la discriminación y el segregacionismo, al declarar personas *non gratas* a quienes no reúnen las características estereotipadas del blanco, anglosajón y protestante (*white anglo saxon and protestant, wasp*), que ha creado el cine de Hollywood, la historieta gráfica y el serial televisivo en torno a la familia norteamericana: blanca, de clase media, disciplinada, individualista, protestante. Ha acudido al prejuicio ya existente en la sociedad norteamericana, manipulando esa cultura marcada por una concepción

hegemónica en torno a los «diferentes», es decir, las llamadas minorías, consideradas como los «otros». Apela a la visión racista, excluyente, que argumenta la amenaza que a la identidad nacional y a la cultura tradicional estadounidense entraña esa “otredad”, encarnada en la presencia intrusa hispano-parlante de los migrantes latinoamericanos²⁹. El nacionalismo perturbador del que hace gala es de naturaleza chovinista, expresando las tendencias más perversas del extremismo político de derecha radical: las posiciones de supremacía blanca y las prácticas genocidas, de exterminio, asociadas al llamado nacionalismo *jacksoniano*³⁰.

En su proyección internacional, la Administración Trump ha tenido una orientación general que contrasta con la pauta que caracterizó al doble gobierno de Obama, adoptando acciones que recuerdan el clima de la Guerra Fría, basadas en un enfoque de línea dura, belicista, que se apoya en un incremento del presupuesto militar y en una retórica agresiva ante aquellos países o situaciones que se consideran hostiles a los intereses norteamericanos. Deja atrás el esquema de Obama, que atendía al multilateralismo y la diplomacia.

El soporte de dicha proyección es de neta naturaleza geopolítica, marcada por gran unilateralismo, si bien en sus relaciones con otros países acude al bilateralismo. Para un país imperialista como los Estados Unidos

²⁹ Véase Samuel P. Huntington, *Op. Cit.*

³⁰ Véase Walter Russell Mead, “The Jacksonian Revolt. American Populism and the Liberal Order”, en *Foreign Affairs*, January, 2017.

no podría ser de otra manera. Ese es el enfoque más funcional a la hora de enfrentar lo que considera como retos estratégicos y problemas en el mapa internacional, con el propósito de ajustar su poder al nuevo orden mundial.

La filosofía “trumpista” en este ámbito refleja una mezcla ideológica ecléctica, confusa, difusa, que entrelaza en política exterior concepciones del realismo político (realpolitik), con otras que responden a un conservadurismo pragmático internacionalista, al estilo de la derecha tradicional, identificada convencionalmente con el Partido Republicano, o el “viejo” *establishment*. En esa combinación también se advierten elementos de neoconservadurismo. Todo se troquea en torno a los temas de la seguridad nacional, abordados en estrecha ligazón con los valores del ideario tradicional, que colocan en el centro la defensa de la identidad, la patria y los intereses nacionales. En este sentido, se pone de manifiesto, una vez más, el activo papel de los factores ideológicos, y entre éstos, los valores y las percepciones de amenaza a la nación, que se esgrimen como estandartes de la agresiva política exterior que promueve Trump, buscando ser consecuente con sus consignas, ya mencionadas, apoyadas en mitos como los del Excepcionalismo norteamericano y el Destino Manifiesto.

Resultan de interés, entre otras fuentes que reflejan proyecciones, los documentos Estrategia de Seguridad Nacional y Estrategia de Defensa Nacional, divulgados respectivamente en diciembre de 2017 y

enero de 2018, así como el discurso de Trump sobre el estado de la Unión, pronunciado el 30 de enero, al terminar su primer año de mandato.

Trump se proyecta siempre con la intención de elevar la autoestima de los norteamericanos, sobre la base de su experiencia en los medios de comunicación, manipulando la conciencia colectiva. Ha explotado con habilidad el tema de la identidad, retomando la idea del antiamericanismo, utilizada para bloquear reformas progresistas, tildándolas de contrarias a los supuestos valores estadounidenses, funcionales para estigmatizar cualquier crítica externa a las políticas gubernamentales. En esos esfuerzos utiliza los elementos que se han explicado antes, de índole ideológica, implantados en la cultura nacional, como el nativismo, el populismo y la xenofobia, conjugando la política exterior con la política doméstica. Ha insistido en la importancia de reconocer, ante todo, “los errores del pasado, para colocar a los Estados Unidos en el lugar que merece”, ha enfatizado la necesidad de “fortalecer y crear fronteras”, “proteger la patria” e incluir un plan económico internacional que defienda también sus intereses. “Una nación sin fronteras no es una nación --ha expresado--; una nación que no protege la prosperidad en el país no puede proteger sus intereses en el extranjero” y “una nación que no está preparada para ganar una guerra es una nación que no es capaz de prevenir una guerra”. Ha hablado de la conveniencia de “desarrollar nuevas formas de enfrentar a aquellos que usan los nuevos

dominios, como el ciberespacio y las redes sociales, para atacar” al país y a su sociedad.

La Estrategia de Seguridad Nacional identifica cuatro pilares: proteger la patria, promover la prosperidad de los Estados Unidos, preservar la paz con el empleo de la fuerza e impulsar la influencia estadounidense. Afirma que el país se enfrenta a unos “poderes revisionistas” que intentan poner al mundo en conflicto con los valores estadounidenses, entre los que identifica a China y su papel en el Mar del Sur de China; y a Rusia, mencionando los casos de Ucrania y Georgia.

En su discurso sobre el estado de la Unión, pronunciado el 30 de enero de 2018, calificó a ambos países como Estados “rivales” de Estados Unidos. El tema del terrorismo, que durante los pasados presidentes había sido el eje de la discusión en materia de seguridad, particularmente luego de los sucesos del 11 de septiembre de 2001, pasó a un segundo plano. En dicha alocución, Trump recabó del Congreso el apoyo a su propuesta de modernizar y reconstruir el arsenal nuclear del país, ubicando a países como la República Islámica de Irán y la República Popular Democrática de Corea como países vinculados al terrorismo; y, por otro lado, a la República de Cuba y la República Bolivariana de Venezuela como Estados comunistas o socialistas sobre los cuales también los Estados Unidos deberían presionar para modificar sus gobiernos. Según la opinión de muchos analistas, fue en esencia un regreso al discurso del periodo más tensional de la Guerra Fría.

Vale la pena recordar, sin embargo, que a pesar de que se recuerde al gobierno de Obama con su énfasis en las políticas del “poder inteligente” (*smart power*), de que inició el proceso de mejoramiento de relaciones con Cuba, en verdad auspició también instrumentos de “poder duro” (*hard power*), combinados con los del “poder blando” (*soft power*), apostando al funcional papel de las Fuerzas Armadas a favor de los intereses norteamericanos y aplicó, entre otras cosas, una amplia política migratoria basada en las deportaciones. Como recurso legitimador de esa amplia gama de acciones en el campo de la política exterior, algunas de ellas con implicaciones domésticas, Obama hizo un constante uso de los instrumentos ideológicos, acudiendo con frecuencia a consideraciones morales, combinadas con los intereses nacionales, los valores y las percepciones sobre los que consideraba como enemigos de la identidad y la seguridad nacional. En este sentido, cuando se compara con el ideario “trumpista”, se advierten puntos de contacto, vasos comunicantes, por lo que puede considerarse que la novedad de los soportes ideológicos de Trump es más bien relativa.

En sus proyecciones de política exterior y seguridad nacional, Trump ha subrayado premisas y objetivos basados en el realismo político, con el reconocimiento explícito de “restablecer la posición de ventaja de los Estados Unidos en el mundo”. En este punto ha hecho suya la vieja narrativa de presentar los intereses nacionales del país como “los intereses del pueblo americano”, escamoteando que, en rigor, son los de las

clases dominantes. En resumen, el análisis del papel de los factores ideológicos en la conformación de la política exterior norteamericana durante el período transcurrido desde comienzos del presente siglo hasta la actualidad, cercanos ya a 2020, evidencia más continuidades que cambios, a pesar de que en ocasiones las apariencias de determinada retórica demagógica, de declaraciones grandilocuentes, pomposas o espectaculares, parezcan indicar antinomias entre liberales y conservadores, rupturas o cambios esenciales entre demócratas y republicanos o entre liderazgos personales. En el fondo, opera la razón de Estado, la lógica del imperialismo.

hacia el hemisferio occidental en el siglo XXI”, en Marco A. Gandásegui (Coord.), Estados Unidos y la nueva correlación de fuerzas internacional, Siglo XXI Editores/CLACSO, México, 2017.

Castro Mariño, Soraya y Luis René Fernández Tabío, “La conciencia política: el interés y la seguridad nacional de Estados Unidos”, en: Colectivo de autores, Estados Unidos. Dinámica interna y política exterior, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2003.

Daalder, Ivo H. y James M. Lindsay, *America Unbound: The Bush Revolution in Foreign Policy*. Brookings Institution Press, Washington, D.C., 2003.

Fernández de Cossío, Carlos, “La Doctrina Bush: Ruptura o continuidad en la política exterior de los Estados Unidos”, en *Pensar a Contracorriente IV*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2007.

BIBLIOGRAFÍA

Almond, Gabriel y Sydney Verba, eds, *The Civic Culture Revisited*, Little Brown, London, 1980.

Bacevich, Andrew. *Washington Rules: America's Path to Permanent War*, Metropolitan Books, New York, 2010.

Bentley, Arthur F., *The Process of Government*, Harvard University Press. Cambridge, 1967.

Castorena, Casandra, “Los cuatro pilares de la política exterior norteamericana

Fernández Tabío, Luis René y Hassan Pérez Casabona, “Donald Trump: ¿ajustes o nueva etapa en la política de Estados Unidos?” en *Cuadernos de Nuestra América*, No. 50, CIPI, La Habana, julio-diciembre, 2017.

Friedman, Max Paul, *Rethinking Anti-Americanism. The History of an Exceptional Concept in American Foreign Relations*, Cambridge University Press, New York, 2012.

- Fukuyama, Francis, "American Political Decay or Renewal? The Meaning of the 2016 Election," *Foreign Affairs*, July/August Issue, 2016. <https://www.foreignaffairs.com/articles/united-states/2016-06-13/american-political-decay-or-renewal>.
- Gerhard, Wilfried, "Patterns of American Foreign and Security Policy", en *Kaitsevae Uhendatud Oppeasutused (Estonia National Defense College)*, No. 13, Tartu, 2010. <https://www.ceeol.com/search/article-detail?id=149115>.
- Gordon, Philip H., "The End of the Bush Revolution", en: *Foreign Affairs*, julio/Agosto, 2006.
- Habermas, Jurgen, *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*, Editorial Amorrortu, Buenos Aires, 1975.
- Hernández Martínez, Jorge, "El momento Obama: ¿cambio de guardia en el sistema", en Jorge Hernández Martínez (Coordinador), *Estados Unidos y la lógica del imperialismo*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2012.
- Hernández Martínez, Jorge, "Estados Unidos en transición. El trumpismo entre procesos electorales y ciclos históricos", en *Huellas de Estados Unidos*, No. 12, abril, Cátedra de Historia de Estados Unidos, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, Buenos Aires, 2017.
- Hunt, Michael H., "La ideología en la política exterior de Estados Unidos durante el siglo XX", en *Huellas de Estados Unidos*, No. 13, octubre, Cátedra de Historia de Estados Unidos, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, Buenos Aires, 2017.
- Huntington, Samuel P., *Who are We? The Challenges to America's National Identity*, Simon & Schuster, New York, 2004.
- Kegley, Charles W. Jr. y Eugene R. Wittkopf, *American Foreign Policy: Pattern and Process*, New York: St. Martin's Press, 1991.
- Micklethwait, John y Adrian Wooldridge, *Una Nación Conservadora, El poder de la derecha en Estados Unidos*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2007.
- Russell Mead, Walter, "The Jacksonian Revolt. American Populism and the Liberal Order", en *Foreign Affairs*, January, 2017.
- San Martín, Rafael, *Biografía del Tío Sam*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2007.
- Singer, David, "The Level of Analysis problems in International Relations", en Klaus Knorr y Sidney Verba (Eds.), *The International System: Theoretical Essays*, Princeton University Press, Princeton, 1971.

Ullman, Richard H., y Raymond Tanter (Eds.), *Theory and Policy in International Relations*, Princeton University Press, Princeton, 1972.

Westerfield, H. Bradford, "Aproximaciones al estudio de la toma de decisiones de política exterior en Estados Unidos", en *Cuadernos Semestrales. Perspectiva Latinoamericana*, CIDE, Segundo Semestre, No. 10, México, 1981.

Williams, Raymond, "La Hegemonía", en: *Marxismo y literatura*, Editorial Península, Barcelona, 1980.

Wittkopf, Eugene R., "Introduction", en Eugene R. Wittkopf, *The Domestic Sources of American Foreign Policy. Insights and Evidence*, James M. McCormick, 1999.

Zuluaga, Jaime, "La construcción de la identidad nacional de Estados Unidos", en: Marco A. Gandásegui, hijo, y Dídimo Castillo Fernández (Coordinadores), *Estados Unidos. La crisis sistémica y las nuevas condiciones de legitimación*, Siglo XXI Editores/CLACSO, México, 2010.